



gustan la hierba y los botones de oro? La hierba que pisáis, mis queridos niños, está hecha de una nueva clase de azúcar mentolado que acabo de inventar. ¡La llamo *mintilla!* ¡Probad una brizna! ¡Por favor! ¡Es deliciosa!

Automáticamente, todo el mundo se agachó y cogió una brizna de hierba; todos, excepto Augustus Gloop, que agarró un enorme puñado.

Y Violet Beauregarde, antes de probar su brizna de hierba, se quitó de la boca el chicle con el que había batido el récord mundial y se lo pegó cuidadosamente detrás de la oreja.

—¿No es maravilloso? —susurró Charlie—. ¿No es verdad que tiene un sabor delicioso, abuelo?

—¿Podría comerme el campo entero! —dijo el abuelo Joe, sonriendo de placer—. ¿Podría ponerme a cuatro patas como una vaca y comerme toda la hierba que hay en el campo!

—¡Probad un botón de oro! —les pidió el señor Wonka—. ¡Son aún mejores!

De pronto, el aire se llenó de gritos nerviosos que provenían de Veruca Salt. Ésta señalaba frenéticamente el otro lado del río.

—¡Mirad! ¡Mirad allí! —chilló—. ¿Qué es? ¿Se está moviendo! ¡Está caminando! ¡Es una personita! ¡Es un hombrecito! ¡Allí, debajo de la cascada!

Todos dejaron de comer botones de oro y miraron hacia el río.

—¡Tiene razón, abuelo! —gritó Charlie—. ¡Es un hombrecito! ¿Lo ves?

—¡Lo veo, Charlie! —dijo muy nervioso el abuelo Joe. Y ahora todo el mundo empezó a gritar a la vez.

—¡Hay dos!

—¡Dios mío, es verdad!

—¡Hay más de dos! ¡Hay uno, dos, tres, cuatro, cinco!



—¿Qué están haciendo?

—¿De dónde salen?

—¿Quiénes son?

Niños y grandes corrieron a la orilla del río para verlos de cerca.

—¡No son fantásticos?

—¡No son más altos que mi rodilla!

—¡Su piel es casi negra!

—¡Es verdad!

—¿Sabes lo que creo, abuelo? —exclamó Charlie—. ¡Creo que el señor Wonka los ha hecho él mismo, de chocolate!